

Nombre: Juan Andrés Restrepo Vasco

¿Loquera, o lo-que-era?

“Ah, ¡me pego una puñalada!” Fueron las últimas palabras de Camilo a los médicos antes de quedar en coma en el hospital municipal de su pueblo.

En la noche del 31 de diciembre del 2024, mientras muchas familias celebraban la llegada del nuevo año, una familia estaba incompleta. Gloria, quien acostumbraba siempre a estar en las fechas especiales, nunca apareció. Su padre, preocupado por su ausencia, le preguntó a Camilo, el marido de Gloria, que por qué no se habían aparecido en el barrio.

“Don Jairo, no se preocupe, su hija y yo estamos paseando”, entre risas le contestó. El escuchar esas palabras fue de gran calma para Jairo, apaciguó su preocupación. “Ese hombre la tiene viviendo bueno”, fue lo que alcanzó a pensar, porque, aunque en la vida de Jairo y de Gloria nunca llegó a faltar nada, ellos eran de una clase social baja, y pasear para ellos era un sinónimo de riqueza y felicidad, cosa que no se podían permitir. Pero lo que Jairo no sabía era que Gloria estaba en su casa, amarrada de manos y pies, encerrada en el baño, como si de un recluso se tratara. Camilo ese día drogó a Gloria para poder llegar a lo que quería: una oveja mansa que se dejara hacer lo que fuera sin poner mucho problema. No era la primera vez que él lo hacía; inclusive, en una ocasión la grabó y compartió esos videos con un familiar de ella, pero este se hizo el ciego. Él no solo utilizaba a Gloria para saciar sus deseos carnales de macho; ella era la jíbara del barrio. La obligaba a vender vicio. Ella era necesaria para su vida por la capacidad de no ser sospechosa. Claro, ¿una mujer sordomuda qué va a hacer cosas malas?

Gloria era sordomuda. Por una malformación genética nació sorda, ella no podía escuchar, entonces nunca aprendió a hablar porque no contó con la ayuda necesaria, y las discapacidades con la pobreza no es que se la lleven muy bien. Pero, aun así, mientras crecía, desarrolló una forma de comunicarse con sus padres a través de gestos; así que, a día de hoy, ellos saben cómo y de qué habla.

La vida de Gloria siempre estuvo llena de desgracias. En su infancia sufrió de violencia familiar; sus papás eran todo el tiempo como perros y gatos, no había día en que no volaran chanclas, zapatos y ganchos por la sala de la casa, o días en los que Gloria no sintiera las vibraciones en la pared por las batallas que sus padres armaban. En esos momentos, Gloria era afortunada de no escuchar. Pero, aun siendo sorda, a muy temprana edad logró entender qué era lo que pasaba en su casa, porque ella era sorda, no ciega. Fue así como parte de su personalidad desarrolló una agresividad. Ella en todo momento estaba a la defensiva, y los disgustos con quien fuera los arreglaba con más pelea. Esas reacciones la empezaron a caracterizar.

Pero con este hombre nunca entendimos qué pasó. Porque, claro, él en el barrio pintaba esa relación como color de rosas, así que no teníamos por qué dudar de las capacidades de Gloria para la guerra.

El primero de enero del 2025, Gloria, metafóricamente, se sacudió y se soltó de sus cadenas, reaccionó a su naturaleza y se escapó de la casa. Pasó toda la noche tomando guaro en una cantina, bailando con esos campesinos que bajan todos los sábados al pueblo. Aparentemente, estaba feliz; el alcohol le hizo olvidar a aquel hombre que la tenía sumisa. Pero la felicidad no dura para siempre, y se había llegado la hora en que Gloria debía volver a la casa, a dormir al lado del hombre que le había robado su libertad y un poco más.

Cuando Gloria abrió la puerta de la casa, ahí estaba él, sentado en la cama, como un loco enfermo, esperando a que Gloria llegara. Él no desaprovechó ni un segundo, y cuando Gloria pasó el marco de la puerta, este hombre se le lanzó y la encuelló contra la pared.

“¿Por qué las mujeres son tan bruticas? Saben que uno se enoja y siguen haciendo las cosas. Yo sé que usted estaba puteando, yo marica no soy”, arremetió contra Gloria, mientras ella solo se quejaba, no tenía cómo pedir ayuda. Él la tiró al piso, y con un cable de un radio la empezó a golpear. Fueron tan fuertes aquellos latigazos que la rasca que Gloria tenía se esfumó. Camilo paró cuando se cansó.

“A ver si así aprende”, le dijo a Gloria antes de recomponerse y tirarse a la cama a dormir, como si nada hubiera pasado. Aquí es donde vuelve la Gloria que yo conozco. Su instinto de supervivencia volvió, y en su manera de pensar... o es él, o soy yo. Ella esperó a que él se durmiera, que estuviera tan profundo como el sueño de un bebé, cogió un cuchillo de la cocina y, sin pensarlo mucho, se lo clavó en el pecho. Del guascazo, el hombre se logró levantar y hasta hablar por llamada con su mamá.

“Ah, ¡esta mujer me pegó una puñalada!”, fue lo que le dijo a su mamá. También le dio tiempo de llamar a un taxi para que lo recogiera y lo llevara al hospital. Llegó y le dio tiempo de decirles a los médicos que su mujer era la que había intentado matarlo.

Ella supo dónde darle, no fue un intento de homicidio, fue un homicidio contundente que llegó incluido con un poco del sufrimiento que ella sintió a su lado. Él sufrió, y mucho, hasta morir.

Esa era la Gloria que yo conocí, porque yo, aun estando muy pequeño, recuerdo que Gloria un día le dio una puñalada a su hermano en la espalda porque le quitó su turno de jugar en un computador viejo que les compró su padre, o años después, cuando tuvo un hijo y lo estaba ahorcando porque no quería comer, o como ya conocemos, el día que mató a su marido de una puñalada en el pecho, y el resto es historia.

Gloria aún tiene muchas heridas abiertas, mismas que hicieron que ella cambiara su forma de ver el mundo. Ella resuelve sus conflictos a través de la agresión, herencia que claramente le dejaron sus padres. Meses después de lo sucedido, Gloria encontró un pequeño consuelo a todos sus problemas en las cantinas del pueblo. Ella, todos los sábados, se levanta muy temprano, se organiza; la vanidad la obliga a maquillarse y se va a pasar todo el día tomando cerveza, bailando y vendiendo su cuerpo al mejor postor o al que a ella le guste más.

Hay un refrán que dice: “El que no sabe es como el que no ve”. Pues yo hoy digo que el que no entiende es como el que no escucha. Porque, aunque Gloria tiene más mundo que todos nosotros juntos, ella no entiende el significado de la vida y está condenada a morir sin tan siquiera el poder de la cuestión.

Basado en hechos reales...